

esta circunstancia, Mariana se hubiese dirigido á él como pensaba hacer. Pero el brazo de Vaudrey no era de desairar. El nuevo Ministro era el principal personaje de la reunión. Miró á Sulpicio cara á cara, como para pedirle cuentas del afán con que se dirigía á ella, y él, turbado ante aquella muda interrogación un poco burlona, no supo qué decir, en tanto que la joven le sonreía con gracia encantadora.

Pasó satisfecha por medio de una doble fila de personas que saludaban y sonreían. En aquel instante tuvo una especie de loco desvanecimiento. Parecióle que era á ella á quien se dirigían todas aquellas adulaciones. Sentíase nacida para recibir homenajes, y en su interior agradecía profundamente á Sulpicio que la hubiese elegido entre todas aquellas mujeres para hacerla su pareja.

Tiempo tenía de buscar á Rosas. ¿Y quién sabe si sería mejor que la buscara el Duque?

Entretanto cruzaba los salones del brazo del ministro, y aquello constituía un nuevo triunfo, no ciertamente despreciable.

Él, amable, bondadoso, correspondiendo sin afectación á todos aquellos homenajes, en cierto modo oficiales, dirigía alguna que otra galantería trivial á Mariana, reservándose hablarle más íntimamente al cabo de un rato.

Delante de la mesa del buffet, resplandeciente de luces que brillaban al reflejar en el servicio de riquísimo cristal, con el dorado color rubio del champagne en las copas, el tono obscuro del ponche, las frutas, los colores claros de los helados y sorbetes, Vaudrey se detuvo y soltando el brazo de la joven, pero sin separarse de su lado, le ofreció un sorbete que un lacayo le alargaba por encima de una pila de platos.

La gente seguía haciendo corro alrededor suyo; miradas inquietas observaban de continuo sus miradas; pero el ministro no menudeaba sus atenciones y galanterías más que para Mariana, y se preocupaba con extraordinario interés por satisfacer todos sus deseos, como si se hubiese erigido en el caballero de aquella mujer hermosa.

De pie, raspando el sorbete con la punta de una cucharilla de plata, Mariana estaba examinando con la curiosidad de una mujer que siente venir-se encima una declaración de los labios de aquel hombre de Estado que más que tal parecía un hombre á la moda. Un pesador de oro no aquilata con más cuidado en la balanza una moneda dudosa que pone una mujer para calcular el valor de un desconocido.

Mariana adivinaba fácilmente; había producido

en Vaudrey un efecto de verdadera seducción. Que Vaudrey, con una mujer tan bonita como la que tenía, se permitía no sólo observar que otras también lo eran sino decírselo, porque se lo decía á Mariana. Se lo decía con la sonrisa de sus labios, con el brillo de sus ojos, con la actitud de rendido adorador que adoptaba, acaso sin darse de ello cuenta, ante aquella mujer que lo fascinaba.

En medio del estrépito y confusión que reinaban en el comedor y delante de aquella muchedumbre que instintivamente formaba corro en torno del ministro, no era posible ser muy expansivo; y la conversación, medio ahogada por el colosal murmullo de las otras voces, iba como dando saltos y salpicada de interrupciones; pero por lo mismo obligados á acercarse uno á otro, Mariana y Vaudrey se encontraban algunas veces enteramente juntos, como pegados, y entonces la respiración suave de aquella mujer, el perfume que de ella se escapaba corrían por la cara de Sulpicio, si así puede decirse.

Él la miraba con visible admiración, encerrada en el cuerpo de su elegante vestido de seda azul claro, de donde salían sus brazos sonrosados y sus hombros blanquíssimos. Una animación singular medio febril animaba sus ojos pequeños, vivos, ex-

presivos y sus orejas pequeñas y carnosas estaban rojas como las cerezas.

Luego la luz de las bujías daba á los cabellos de aquella mujer tonos rojizos dignos de un cuadro de Ticiano. Sonreía con extraña expresión provocadora, visiblemente segura de su poder y de su irresistible aliciente.

Vaudrey se sentía muy turbado, atraído, como provocado por aquella mujer bonita, cuyas facciones se agitaban y que poco á poco iba fundiendo entre sus ardientes labios el hielo del sorbete. Encontrábala á un tiempo exquisita y soberbia con el doble encanto de la gracia parisiense y el atractivo de la mujer en traje de baile, luciendo la nacarada carne de los hombros, del seno y de los brazos.

En el cuerpo del vestido, al lado del corazón, Mariana llevaba un elegante imperdible que figuraba una mariposa negra con las alas abiertas y brillantes, y Vaudrey, sonriendo, preguntó sin saber á ciencia cierta lo que decía si era aquello su alma.

Ella sonrió.

—Precisamente—dijo luego.—Lo que tengo ahí en el vestido lo llevo también en el espíritu. Mariposas negras..... ó sueños de color azul, como se quiera.

—No sois una excepción—dijo Sulpicio.—A todas las mujeres les pasa otro tanto.

—Todas las mujeres, entonces, á vuestro juicio, están un poco..... ¿cómo diremos? un poco desequilibradas, ó para hablar con más propiedad, un poco *chifladas*, ¿no es verdad, señor ministro?

El ministro á su vez sonreía y miraba á Mariana, cuyos ojos, medio cerrados á veces por el movimiento continuo de los párpados, brillaban á través de sus largas pestañas, como los ojos de un gato.

—No, pero les echo en cara el ser aficionadas á lo azul en las ilusiones de que hablabais hace un momento, los *blue devils*, como dicen los ingleses, que acarician en su mente. Han nacido, sin embargo, para lo azul, para el azul del cielo, como diría un poeta de provincias, y huyen de él como si fuese cosa detestable. ¡Lo azul! ¡Bah, eso es bueno para los hombres, esos cándidos, únicos partidarios que hay en estos tiempos de lo azul en el amor y en general en todas las cosas de la vida!

A su pesar había vuelto á acercarse á aquella criatura que lo estudiaba como un general que se preparase á dar una batalla, mientras lo acariciaba con la vista y él se perdía en aquel azul de que hablaba con cierta elegancia que fingía ser burlo-

na y que en realidad era sincera. Ella le dijo con el mismo tono de burla y señalando al color de su vestido:

—Ya véis, señor ministro, que no todas las mujeres detestan lo azul.

—¡Oh! ¡si está de moda y si sienta tan bien á su belleza como ese traje á la vuestra no es extraño que lo adoren!

—También les gusta de otro modo..... En el amor y en la existencia. Eso depende de quien sea la mujer..... y el hombre también—añadió mostrando sus dientes blancos y sonriendo con gracia.

Y Mariana, dejando la cucharilla en el plato, alargó el servicio al criado.

Su brazo, contorneado primorosamente, en un movimiento involuntario ó quizá muy bien calculado, casi rozó la mejilla de Sulpicio, que experimentó una conmoción extraña y cierto deseo vehementísimo, propio de un colegial, de dar un beso en aquella carne sonrosada.

Cerró los ojos, y cuando los abrió un momento después, pasada ya la conmoción violenta que había sacudido todo su sér, Mariana estaba delante de él con el abanico en la mano, y él le decía como si la imagen de que hablaba fuese lo único que se le viniese á la memoria en aquel instante:

—Me parece, señorita, que en ese mismo traje y tan guapa como estáis ahora he visto vuestro retrato en la Exposición.

—Sí—contestó ella.—Es el mejor cuadro que ha hecho mi tío.

—Me parecía muy bueno antes de haberos conocido; pero ahora.....

Mariana no se dió por satisfecha con la sonrisa que acompañó á esta galantería, si no que quiso que se la dijera entera.

—¿Y ahora?—preguntó con la más atractiva de sus sonrisas.

—Ahora me parece mucho peor que el original.

—Eso se dice siempre, señor ministro, ménos al artista tal vez; pero me temo que me miréis á través de un cristal..... de ese famoso color azul..... ese azul cielo que tanto os gusta.

—Y que me gusta mil veces más desde esta noche—contestó él con la voz cambiada y verdaderamente conmovida.

Mariana no respondió, pero lo miró cara á cara, como para darle á entender que lo comprendía perfectamente. El estaba pálido.

—¿Consentiréis en ser honra de mis salones como lo sois de los de la señora de Marsy? ¿No es verdad?—dijo Sulpicio en voz muy baja.

—Con el mayor placer seré yo la honrada en ellos, señor ministro.

Nadie oía las palabras del ministro; pero Mariana, que veía que todos la miraban atentamente, estaba radiante de satisfacción y levantaba la frente con orgullo, desafiando la envidia de muchas mujeres.

Respirando aquella atmósfera de homenajes y como cargada de un pesado olor á incienso, tenía presunción y la conciencia de su poder, la embriaguez de ese poder que Vaudrey personificaba y que en cierto modo iba á reflejarse en ella, siquiera fuese por su conversación en voz baja con el ministro, delante de aquella muchedumbre.

Estaba orgullosa y entusiasmada. Hasta se hallaba á punto de olvidar que sólo por Rosas había ido á la reunión.

Vaudrey iba á seguir dirigiéndole flores apasionadas, cuando la señora de Marsy, que pasaba casualmente por allí, y que toda la noche iba de una parte á otra, multiplicándose y colmando de atenciones á sus invitados, vió á Mariana, acercóse á ella y cogiéndola de la mano dijo:

—Perdonadme, señor ministro, pero os la quito porque me la reclaman.

—¿Quién?—preguntó Vaudrey.

—El duque de Rosas.

Vaudrey miró á Mariana. Vió perfectamente que aquél pálido rostro se iluminaba por repentino acceso de alegría, experimentó cierto extraño descontento parecido á un dolor físico, y en vano trató de explicarse la causa.

Mariana lo saludó afectuosamente con una sonrisa; él se inclinó, viéndola desaparecer, cogida del brazo de Sabina, por entre los grupos de fracs negros y de vestidos de baile claros, con cierta especie de rabia, como si aún no estuviera satisfecho de lo que había hablado con aquella mujer, casi desconocida, á quien deseaba decir muchas cosas más.

Y casi en seguida vióse rodeado, acometido, asaltado por multitud de compañeros suyos de diputación y de pretendientes que sólo esperaban para precipitarse hácia él el final de aquella conversación con la señorita de Kayser, final que de seguro hubiesen provocado ellos mismos á no temer ser indiscretos. En medio de todos aquellos rostros desconocidos que se le aproximaban, Vaudrey buscaba una cara amiga, como para defenderse del nublado que se le venía encima.

La presencia de un amigo, de mucha más edad que él, delgado, con la barba completamente blan-

ca pero muy cuidada, le produjo verdadero placer, y alegre y satisfecho exclamó:

—¡Hola, Ramel! ¡gracias á Dios que se os ve!

Y con ademán presuroso lleno de afecto, alargaba las dos manos á un hombre como de sesenta años, que llevaba una enorme corbata blanca liada al cuello como si fuese una bufanda, á la antigua usanza, y cuyo chaleco negro, de corte antiguo también, contrastaba notablemente con los chalecos escotados que todos llevaban debajo del frac.

—¡Buenas noches, Ramel! ¡Cuánto, cuánto me alegro de veros!.....

—Y yo también—dijo la voz simpática y acariciadora de Ramel, cuyo semblante, que parecía severo pero que en realidad no era más que bondadoso y varonil, iluminóse de pronto.—¡Precisamente por vos he venido aquí!

—¡De veras!

—De veras. Quería estrechar vuestra mano. ¡Hace tanto tiempo que no os veo! ¡Cuántas cosas han acaecido desde entonces!

—¡El diablo no me hubiera dicho, amigo Ramel, que iba á ser ministro—contestó Vaudrey—cuando os iba á llevar mis primeros artículos para que los publicaseis en *La Nación Francesa*.

—¡Bah! ¿Quién no es ministro?—Contestó Ra-

mel. Pero ya que lo sois, acordaos de lo que dijo Napoleón á Bourrienne al entrar en las Tullerías: «Ya estamos aquí, Bourrienne. ¡Ahora es menester que no nos vayamos.»

—Precisamente eso es lo que me dijo Granet al anunciarme la nueva combinación ministerial.

—Sí; pero Granet llevaba otra intención bien diferente de la que anima á vuestro amigo Ramel.

—¡Mi mejor amigo!—dijo Sulpicio con emoción y cogiendo cariñosamente las dos manos de aquel viejo.

—Decirme eso es doblemente meritorio en vos, porque lo que es ahora no os faltarán amistades.

—¿Seguís siendo periodista, Ramel?

—¿Yo?..... Optimista rabioso, puesto que creo en todas las cosas de este mundo; pero por lo mismo creo en las debilidades de mis semejantes, y lo que es en eso no me equivoco.

—¿Cómo habéis venido á casa de la de Marsy, vos que sois un hurón?

—¡Domesticado!..... Ya os lo he dicho, porque sabía que veníais vos, y también porque me interesaba mucho la conferencia del señor de Rosas. Si yo hubiese sido rico ó hubiera tenido siquiera con qué vivir, me habría pasado la vida viajando; pero

amigo, no he tenido más remedio que pasármela entre Montmartre y Batignoles, es decir, convertido en tortuga y soñando con ser golondrina.

—¿Queréis, mi estimado Ramel—dijo el ministro—que os dé una comisión, para que vayáis donde se os antoje á estudiar lo que queráis?

—¿Con mi reuma? Muchas gracias, excelentísimo señor—contestó Ramel sonriendo.—Ahora es tarde; soy muy viejo y estoy hecho una carraca. Y además, no habiendo pedido nunca nada á nadie, no era cosa de empezar á pedir á mi edad.

—Es que no pedís; os lo ofrecen.

—No, no tengo ganas. Me encuentro en el momento del *far niente* y preparándome para el sueño eterno. Ese es un estado agradable. ¡Ha visto uno tantas cosas y tantos hombres, que ya no desea uno nada!

—La verdad es que si toda la gente á quien habéis favorecido en esta vida hubiese solicitado una invitación de la señora de Marsy, no cabríamos esta noche en esta casa.

—¡Bah! Ellos lo han olvidado, como yo lo olvidé—contestó Ramel moviendo la cabeza y sonriendo con dulzura.

En medio de aquella muchedumbre de indiferentes ó de admiradores, Vaudrey experimentaba

profunda alegría al encontrarse con aquel hombre que lo conoció á su llegada á París y al cual escribía siempre desde Grenoble como si fuese un pariente cuyas cartas leyese siempre con afecto. Y era en realidad un parentesco del espíritu, un parentesco del corazón lo que unía al veterano del periodismo y al joven estadista. Parentesco en el ideal que persiguen; pero diferencia grandísima de temperamentos. Si Ramel las había tenido alguna vez, habíalas curado hacía tiempo aquellas fiebres de lucha y de poder que aún agitaban la sangre de Vaudrey.

—Hace mucho tiempo que tengo el pulso regular—decía el anciano periodista.—La experiencia me ha servido de quinina para esas calenturas.

Dionisio Ramel era un sabio. Tomaba la vida tal cual es, sin entusiasmos, pero sin amarguras tampoco. No era rico. A los sesenta años bien cumplidos, hallábase, después de una existencia de trabajo rudo y continuo, con tan poco dinero como cuando empezó á trabajar con la cabeza llena de ilusiones y de proyectos y de esperanzas. Había vivido honradamente, periodista—periodista de la buena época, de la escuela de las ideas y no de la del afán noticieril—había ejercido con verdadera honradez y elevación de miras, una profesión que

le agradaba; leyó mucho, escribió mucho, trabajó mucho, muchísimo; puso sin mancharse los dedos, la mano en todas las llagas sociales, y después de haber dado valerosamente vueltas y más vueltas á la noria de la labor constante, diaria, por espacio de cuarenta años largos, llegaba al final de la jornada al borde de la tumba, con muy poco dinero, habiendo codeado muchas veces la fortuna y habiendo tenido muchas veces al alcance de la mano los medios de ser lo que hubiese querido. Encorbado, harto, fatigoso, casi olvidado, desconocido por las generaciones nuevas que llamaban *antiguo* y *pasado* á aquel entusiasta de cabellos blancos más lleno de fe juvenil que muchos muchachos, contemplaba la llegada de la gente joven con la misma tranquilidad que hubiese presenciado un desfile de carruajes.

—Me distraigo—exclamaba á veces.

Ramel, durante su vida de publicista, de dispensador de fama y renombre, había asistido, sin llevar parte provechosa, á la fundación de sindicatos, al reparto de acciones, á los negocios financieros; y empujando con fuerza la rueda de las empresas que le parecían buenas, procurando encarrilar las que se le figuraban dudosas, había hecho á muchos millonarios sin pedirles nunca un

céntimo, del mismo modo que había hecho muchos ministros sin solicitar de ellos nunca ni siquiera una triste condecoración.

¡Agradábale el embriagador oficio de hacer hombres! Todos los principales actores de la gran comedia humana los había visto debutar solicitando su ayuda. De tal hombre de Estado, que ahora hacía alarde en la tribuna de su importancia y de sus honores, había corregido los primeros discursos. Había animado y hecho propaganda en favor de cuál individuo que pasaba por el camino, representante del arte nacional, allá cuando en sus comienzos trabajaba porque le diesen una plaza pensionada en Roma; había visto á cuál músico, que ahora era millonario, yendo á visitarle para darle, como quien pide una limosna, algún billete para los conciertos del salón Herz. Él había sido el primero en llamar su atención sobre los primeros versitos de algún poeta que ahora pasaba por una de las eminencias literarias de su patria; él había sido el primero en decir de tal actor ó de tal cantante ahora en boga: «¡Ese es de los elegidos!»

Y viejo, fatigado, burlón, pero indulgente y talentado en sus bromas, sin hacerse ilusiones, pero sin tronar tampoco contra las injusticias del

destino, Dionisio Ramel, á su edad y con su extraordinario talento, no era ni diputado, ni millonario, ni académico, ni nada más que un infeliz que sonriendo decía con el tono del hombre de experiencia que conoce el mundo:

—¡Bah! ¡Qué más da! ¡Después de todo, nada de eso es muy envidiable! Ministros, académicos, millonarios, gobernadores, poderosos. ¡Como si no supiese yo lo que todo eso vale! ¡La mayor parte de los que figuran, ¡qué demonio! los he hecho yo!

Y como buen filósofo, dejando pasar la cohorte de que tal vez hubiese podido ser jefe, pero de la cual prefería ser juez, se encerraba en su casa, con sus libros, sus cuadros, sus grabados, su pequeña colección hecha poco á poco, de año en año, á fumar su pipa, á hojear de cuando en cuando su pasado, como si hojeara un álbum de estampas y á pensar, cuando se encontraba con algún personaje del día que evitaba saludarlo ó que lo saludaba con aire de protección:

—¡Bah! no eras tan orgulloso cuando venías á pedirme que te diese un durillo á cuenta de tus artículos.

Ramel había querido siempre mucho á Sulpicio Vaudrey. Le parecía más noble y menos olvidadizo que la generalidad. Vaudrey no se *había dado*



tono nunca. Él mismo, siendo ya ministro, recordaba con emoción profunda sus días de lucha. Ramel, el antiguo director de *La Nación francesa*, era uno de sus buenos amigos, más aún, una de las personas que admiraba profundamente. Por su gusto hubiese sacado á su amigo de las sombras en que vivía para hacerlo personaje de pronto, ya que el pobre sexagenario á su vez había hecho de la nada tantos personajes.

Y en medio de la multitud que les rodeaba procuraba sacarlo de su retraimiento diciéndole:

—Vamos á ver, mi querido Ramel, ¿seríais capaz de aceptar la subsecretaría de mi Ministerio?

—No, señor Ministro—contestaba Ramel con su afectuosa sonrisa.

—¿Pero, por qué? Dadme gusto, aunque sólo sea por hacerme un favor, por ayudarme.

—No, no, y creed que esto es puro egoísmo, querido Vaudrey. Me crearía crueles enemigos. Nombrad á Navarrot—añadió señalando á un hombre elegante, vestido correctamente, que acababa de acercarse á saludar á Vaudrey, repitiendo diez veces en un minuto esta frase: «Mi querido ministro.... señor ministro.... mi señor ministro.»

—¿Navarrot?

—Parece que es muy partidario vuestro.

—Que malo sois Ramel. Es partidario del Ministro y no del hombre. No es amigo mío, sino de todos los Ministros de la Gobernación. Es un *alabardero* del ministerio que aplaude á todo lo que dice el que ocupa aquella casa.

—¡Oh! Ya conozco, ya conozco á esos *alabarderos*—dijo el antiguo periodista.—Cuando un Ministro está en el poder se le aplaude, y cuando cae se le silba.

Vaudrey lo miró, y echándose á reir:

—¡Buena pieza estáis!—le dijo.—Pero al menos iréis á verme,—añadió alargándole la mano.

—Ya lo creo.

—¿Dónde vivís?

—En la calle de Boursault, boulevard Batignoles.

—Hasta la vista, mi querido Ramel. Supongo que si los necesito, no me negaréis vuestros consejos.

—Ni mi amistad más leal. Pero sin destino ¿eh? sin credencial—respondió Ramel sin dejar de sonreír.

Vaudrey tenía verdadero placer en hablar con su antiguo amigo; pero hacía un instante que sentía vehementísimo deseo de encontrar de nuevo entre aquel enjambre de personas que llenaba to-

dos los salones, á la hermosísima mujer que se le había aparecido como la estatua del deseo, del deseo agudo, enfermizo, inquieto é irresistible.

No había ido á casa de la viuda de Marsy más que por casualidad, como para pasear en público la satisfacción de su triunfo, del mismo modo que uno que acaba de recibir una condecoración, desea las ocasiones de lucirla, y se sentía satisfecho de haber ido. Prometíase dar una vuelta por los salones, y una vez hecha la presentación, volverse con Adriana á su casa, para no privarse de un rato de conversación á solas con su mujer, cosa que le era tan agradable y de la que tenía que privarse con frecuencia desde su instalación en el palacio de la plaza Beauvan.

Ordinariamente le desagradaban las reuniones como la de aquella noche, reuniones por lo regular fatigantes como tumultos, en las cuales empaquetan seiscientas personas en habitaciones donde no caben más que cincuenta, reuniones triviales en que el dueño de la casa se da por satisfecho si se le llenan los salones, como el empresario de un teatro cuando pone en escena una obra nueva, en los cuales la gente se apiña, se ahoga, se estruja, en los cuales la entrada es un verdadero pugilato, la toma de un vaso de horchata

una verdadera conquista, el encuentro de su abrigo á la salida una verdadera casualidad. Le daban horror esos salones donde no se habla, donde no se conoce á nadie, donde ya sea en medio del estruendo de voces y conversaciones, ya en medio del silencio inaguantable de un mal concierto musical, no se puede cambiar ni una idea, ni una palabra, ni un saludo afectuoso. Por verdadero milagro había podido hablar un poco, momentos antes, con la señorita de Kayser y con Ramel. Pero pronto la trivialidad lo había sumergido en seguida con más razón aquella noche, porque era el punto de mira de todas aquellas cabezas congestionadas.

Experimentaba náuseas ante aquel personal de jóvenes insustanciales, pretendientes, haciendo cortesías para pescar una credencial; hombres de veinte años que parecían haber nacido con la corbata blanca puesta, astutos é interesados, hijos de sus habilidades y no de sus buenas obras, asistentes asiduos á las antesalas de los Ministerios y á los salones, pescadores de ideas ajenas, demócratas de mentirigilla que no hubiesen dado la mano por nada del mundo á un obrero; estado mayor ambicioso de honores, que veía dando vueltas en torno suyo con sonrisas en los labios y memoriales

y peticiones en el bolsillo, preparados para soltárselas á la primera ocasión.

¡Cuánto más agradable no era para él el tranquilo placer de un rato de lectura al amor de la lumbre, de una conversación con un amigo, de una sonata de Beethoven ó de Mendelssohn, tocada al piano por Adriana, que hacía volar las horas!

Para eso había nacido. Por lo menos, así lo creía. Es decir lo había creído hasta entonces. Y hete aquí que aquellos salones que le eran antipáticos, parecíanle ahora agradables. Una criatura divina encontrada allí por casualidad le hacía deliciosa aquella velada. Sentía deseo ardientísimo de ver otra vez á Mariana, de hablarle. Le interesaba como un enigma.

Honrada ó no, ¿qué era en realidad aquella mujer? ¡Ah, por lo menos era mujer hasta la médula de los huesos! Mujer desde los pies á la cabeza, mujer parisiense, perversa aunque fuese virgen, y acaso virginal á pesar de estar pervertida. Un problema de carne.

Vaudrey á quien todos cedieron paso salió rápidamente del comedor, y cruzó los salones buscando con la vista á Mariana. Vió, al pasar, á Guy de Lissac que, sentado en una silla al lado de Adria-

na, charlaba con ella. Al ver á Sulpicio dirigió desde lejos á su marido esa sonrisa que sólo tiene la mujer que ama, y envolvió á Vaudrey en su mirada de esposa honrada y amante, preguntándole sin hablar, porque sabía que siempre deseaba marcharse temprano.

—¿Quieres que nos vayamos?—decía aquella mirada.

Él pasó de largo por delante de su mujer dirigiéndole una sonrisa, y haciendo como que no comprendía desapareció por la puerta del salón, en tanto que Lissac decía á Adriana:

—¿De modo, señora, que el Ministerio.....?

—¡Oh! no me habléis de él..... ¡me da miedo! En aquellas habitaciones me parece que no estoy en mi casa. ¿Sabéis cuál es mi impresión? Me parece que estoy de viaje y que vivo en una fonda. Verdaderamente los ministros debían ser solteros. Los hombres se llevan los honores, pero á sus mujeres sólo les quedan las pesadumbres.

—Y sin embargo, en el fondo de esas pesadumbres debe haber algún goce, cuando tanto se siente abandonar el poder.

—¡Ay, Dios mío!—contestó Adriana.—Yo creo que no lo sentiría. No, no; os aseguro que no lo sentiría.

Y hubiera querido, como de ordinario le sucedía á Vaudrey, abandonar aquellos salones con su marido; pero pensó que Sulpicio tendría que hacer cuando no quería marcharse.

El salón donde había entrado comunicaba con otro saloncillo en forma de rotonda, tapizado de seda japonesa, en el cual había una lámpara de Venecia que iluminaba suavemente los divanes donde se hablaba. Sulpicio adivinó por instinto que Mariana estaba allí. Dirigióse, pues, hacia aquel sitio, y en el momento de entrar vió entre dos cortinones de seda azul-pálido á la joven, y sentado junto á ella al Duque de Rosas, cuya conferencia Mariana escuchaba poco rato antes con una atención tan grande, que casi era apasionada.

En aquel instante vínose á la imaginación de Sulpicio esa circunstancia.

La luz daba de lleno sobre los descotados hombros de la señorita de Kayser, y reflejaba sobre sus rubios y abundantes cabellos. El Duque estaba mirándola.

Vaudrey no dió un paso más.

Experimentaba cierta sensación extraña é inexplicable. Aquella conversación íntima le desagradaba.

La joven vió al Ministro, y volviéndose un poco, tal vez por casualidad, saludólo con graciosa sonrisa, se levantó y le hizo seña para que se aproximara.

Los tapices de seda azul parecían el fondo natural á la belleza de la hermosa rubia.

—Señor Ministro — dijo — permitidme que os presente á mi amigo el Duque de Rosas, que, como buen artista, admira á los oradores elocuentes, y que, en tal concepto, es admirador vuestro.

Rosas, que se había levantado á su vez, se inclinó delante del Ministro, pero de un modo particular, no como un pretendiente delante del que reparte mercedes, sino como un gran señor que saluda á un hombre de talento.

Vaudrey buscaba una palabra agradable para aquel personaje, y no se le ocurría ninguna. Sin embargo, hacía poco que había aplaudido con sinceridad la deliciosa conferencia dada por el Duque. Pero le parecía que en aquel sitio Rosas no era el mismo, y por el contrario, le hacía el efecto de un importuno, que le privaba con su presencia de aprovechar una buena ocasión. Disimuló, sin embargo, su mal humor, bien difícil de analizar, y del cual ni él mismo se daba cuenta exacta, y al fin encontró para el Duque una frase vulgar de

esas que elogian, pero que á nada comprometen, porque nada dicen.

Cuando saludó para alejarse, Mariana lo detuvo con el ademán.

—Ya veis, señor Ministro — dijo con aquella sonrisa seductora que le era peculiar — ya veis — señalaba á los tapices azules del saloncito — que hay mujeres á quienes gusta lo azul.

—Sí; ¡la señora de Marsy!... — respondió Vaudrey con una ironía perfectamente fuera de tono, pero que se le vino á los labios naturalmente y á guisa de reproche.

—Y á mí también — contestó Mariana. — No hemos hablado más que unos cuantos minutos, pero he tenido ocasión para conocer que vos y yo tenemos muchos gustos parecidos, y me alegro de veras.

—Y yo mucho más — respondió Vaudrey turbado ante la atrevida mirada de la joven, que le pareció una saeta lanzada contra su corazón.

Ella había vuelto á sentarse, pero Vaudrey ya le había perdonado (como si tuviese algo que perdonarle) aquella conversación íntima con Rosas. Su mirada de fuego lo había borrado todo; y se llevó la impresión que le produjo, satisfecho y conmovido.

Tenía prisa por salir de allí. Sintióse de repente nervioso, satisfecho y aburrido á la par. Ante la multitud de convidados, que se apresuraba á abrirle paso, volvió á tomar los aires de Ministro, levantando la cabeza y contrayendo sus labios con la sonrisa oficial, pero en el fondo del corazón llevando otra preocupación bien distinta; la cabeza llena de ilusiones, y en los oídos la voz de Mariana, aquella voz insinuante que le decía: «Tenemos muchos gustos iguales», frase llena de esperanza, que le hacía palpar el corazón mucho más violentamente que de ordinario.

Vió á Adriana sentada en el mismo sitio, sonriéndole cariñosamente como siempre, pero que sin embargo le pareció más fría que de ordinario. Acercóse á ella, y ofreciéndole el brazo y estrechando la mano de Lissac mientras le decía: «Que nos veamos bien pronto, querido Guy», desapareció por la antesala, en tanto que los criados se precipitaban hacia la señora de Vaudrey para ponerle el abrigo, y que una voz gritaba mientras él metía los brazos en las mangas del suyo.

—¡El carruaje del señor Ministro!

—Estoy cansada — dijo Adriana cuando se vió en su coche. — ¿Y tú?

—¿Yo? No, por cierto; no me he aburrido. La

conferencia era muy interesante, y además, ahora es necesario que nos exhibamos de cuando en cuando.

—Ya lo sé—contestó su esposa.

Y como un niño que se duerme, dejó caer la cabeza, metida en la elegante capucha del abrigo, sobre el hombro de su marido. Sus manitas buscaron la mano de Sulpicio para estrecharla, y en tanto que ella tranquila descansaba así, Sulpicio Vaudrey veía, con los ojos de la imaginación, á aquella rubia deliciosa que se pasaba la lengua sobre los ardorosos labios y sonreía tomándose un sorbete....

## VI.

En el saloncillo japonés, tapizado de azul, Mariana, sentada en un diván, medio vuelta hacia el Duque, mirándolo fijamente como queriendo leer en sus ojos su pensamiento, aparecía al español, como á Vaudrey, verdaderamente deliciosa sobre aquel fondo azul que tanto hacía resaltar su belleza de rubia.

Verdad es que con Rosas tenía un abandono muy distinto al que tenía con Sulpicio, y que en-

volvía al Duque en una mirada ardorosa y llena de pasión.

José estaba pálido delante de aquella criatura exquisita, de la cual, allá en el fondo del alma, había llevado la imagen por todas partes á donde le condujo su capricho de intrépido viajero. La contemplaba como se contempla á la mujer largo tiempo deseada, que una necesidad cualquiera hacía imposible, y que la casualidad acerca de repente poniéndola al alcance de la mano.

Estaba más bella que nunca, elegante, fascinadora, *más hecha*, como una fruta bien madurada, á la cual el color hace más apetitosa. Poco antes Sabina había puesto en contacto aquellos dos seres, y por instinto, como si tuviesen muchas confianzas que hacerse, habían buscado la soledad en medio de aquella animación, y habían hallado asiento en aquel saloncito retirado á donde Vaudrey, también por instinto, había ido en busca de Mariana.

Sí, verdaderamente, ella tenía muchas confianzas que hacer al hombre que apareció un día en su camino y desapareció en seguida permaneciendo como muerto para ella durante varios años. Parecíale á Mariana que rejuvenecía, que no había transcurrido el tiempo, al verse cara á cara